



**José Agustín Goytisolo**  
 Escritor.

## Indígenas contra la coca

Una fundación de ayuda a los pueblos indígenas de Latinoamérica está trabajando para que el campesinado del Cauca (Colombia) sustituya por otros los cultivos de plantas narcóticas

Cuando se produjo el terrible terremoto que asoló la región del valle y montes del río Cauca, en el sur de Colombia, el 6 de junio de 1994, el Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC) se puso a trabajar en la reconstrucción de los muy graves daños producidos, que venían a aumentar la precaria situación de esta fértil zona. El entonces presidente del CRIC se desplazó a Madrid y se puso en contacto con la ONG española Fundación por los Pueblos Indígenas de Iberoamérica, con la que yo colaboro desde su inicio, hace ya cuatro años. Se consiguió que el entonces presidente del CRIC, **Marcos Aníame**, recibiese el premio Fray Bartolomé de las Casas. Se iniciaron las campañas por recabar fondos para los damnificados y se elaboraron los primeros proyectos de ayuda al desarrollo de la zona; muchos de ellos ya aprobados por el Estado español, y en marcha, empezando por los de emergencia.

El CRIC tiene ahora un nuevo y extraordinario presidente: mi muy querido amigo **Jesús Piñacué**, que a sus escasos 32 años, además de ser desde muy joven licenciado en Filosofía, conoce su región como nadie, y posee gran capacidad de organización y ejecución de las obras. Éstas son muy necesarias para levantar la precaria condición de sus paisanos. **"¿Tú eres amigo de este indio altanero y rebelde?"**, me preguntó un insensato profesor de Popayán, en esa zona. **"No es altanero, sino alto y orgulloso por representar a su gente, y su preparación es extraordinaria; no como tú, que eres bajito, feo y un tonto blanquiñoso"**, le respondí. Y añadí que yo también me siento rebelde ante la injusticia.

Por **Jesús Piñacué** me enteré de las etnias e historias de las comunidades indígenas que componen el CRIC: los kokonucos, los totoroos, los yanconas, una parte de los guambianos, los eperaras-siapidas y los paeces. A estos últimos pertenece **Piñacué**, que me contó, en España y Colombia, en repetidas y densas sesiones, que estas comunidades suman un cuarto de millón de indígenas que, desde hace 25 años, se asociaron formando el CRIC.

Tales comunidades sufrieron la llamada conquista española, pero bajo la sabia dirección de la cacique **Gaitana**,

lucharon para que se reconociera su identidad, su cultura y su independencia durante el siglo XVII. El siguiente siglo fue, para ellos, un periodo de negociación y diálogo muy beneficiosos, con **Juan Tama** como *cacique*, hábil en las pacíficas relaciones con los criollos para asegurar los derechos de los pueblos indígenas.

Lo peor fue que, en las guerras de independencia de las colonias españolas, en el siglo XIX, las comunidades del Alto Cauca se vieron envueltas en peleas intestinas entre **Simón Bolívar** y **Francisco de Paula Santander**, primero, y luego en las feroces luchas entre liberales y conservadores para el control del poder, en la ya independiente Colombia.

Poco varió el panorama a principios de este siglo XX que acaba; las comunidades deben su existencia a la inteligencia del cacique **Quintín Lame**, que convenció a los indígenas de que su historia era el único instrumento para asegurar la identidad de sus pue-

blos. Pero el poder estaba en Bogotá, y ellos siguieron malviviendo, entre las disputas de liberales y conservadores. La situación indígena iba empeorando: la desculturización, propiciada desde siempre por la Prefectura Apostólica de Tierradentro, que está intentando separar a los ancianos de los jóvenes, a fin de evitar que sigan vigentes sus viejas creencias, su cultura y su ancestral medicina naturista, para así menguar el poder de los antiguos cabildos indígenas, como legítimos órganos que son del poder y administración de justicia.

Por si esto fuera poco, a partir de 1970, narcotraficantes y guerrilleros por ellos controladas, introdujeron en el Alto Cauca el cultivo de la amapola —de la que se extrae la heroína— y de las plantaciones de coca. Para combatir a esos facinerosos se creó, en 1974, el CRIC, y también un comando armado de autodefensa llamado Quintín Lame, que actuó ante la inoperancia del Ejército colombiano. Este año se han

iniciado conversaciones entre el CRIC y el Gobierno de la nación, a fin de que aquél entregue las armas del comando de autodefensa, a cambio del compromiso del Gobierno de erradicar los cultivos ilícitos, dependientes del cartel de Cali, que provocan deforestaciones y corrupción entre los nativos. Pero el Gobierno sólo ha empleado fumigaciones aéreas de glifosfato, que han polucionado el aire y los manantiales de agua, con pésimos resultados.

Bien, se puede preguntar el lector, ¿qué papel jugamos mis amigos y yo, en la Fundación por los Pueblos Indígenas de Iberoamérica? En el caso del Alto Cauca, pretendemos recaudar todo el dinero posible para llevar adelante los proyectos ya en fase de ejecución, como hicimos en la Amazonia y en Bolivia. Esos proyectos son, entre otros, un programa para la mujer indígena; la comercialización y distribución de los productos **"limpios y ecológicos"** de la zona; una planta enlatadora; el desarrollo pecuario: la mejora de viviendas, escuelas y equipamientos. Y no sigo por no cansarles.

El dinero saldrá, pues nuestra fundación cuenta con importantes ayudas privadas, organiza festivales y actos multitudinarios y tiene gente casi tan valerosa como mi amigo **Jesús Piñacué**.

